¿DE QUÉ TE RÍES, DEMÓCRITO? GENIALIDAD Y MELANCOLÍA (SEGUNDA PARTE)

*Carlos J. McCadden M.**

*Federico G. Durand Guevara***

RESUMEN: Demócrito ha sido etiquetado como “el filósofo que ríe”. El propósito de este artículo es reflexionar acerca de los motivos que llevaron a este genio a reír. El encuentro con Hipócrates, el famoso médico, lleva a cuestionar conceptos como locura, cordura y verdadero conocimiento.

WHAT ARE YOU LAUGHING AT, DEMOCRITUS? GENIUS AND MELANCHOLY (PART TWO)

ABSTRACT: Democritus has been labeled “the laughing philosopher”. The purpose of this article is to reflect on the reasons that led this genius to laugh. The encounter with Hippocrates, the famous physician, leads to questioning concepts such as madness, sanity and true knowledge.

PALABRAS CLAVE: Apariencia, enfermedad, filosofía, locura, soberbia.

KEY WORDS: Appearance, arrogance, illness, madness, philosophy.

RECEPCIÓN: 12 de junio de 2018.

APROBACIÓN: 8 de noviembre de 2019.

DOI: 10.5347/01856383.0133.000299227

* Jefe del Departamento de Estudios Generales, ITAM.

** Médico cirujano, doctor en psicoanálisis y profesor del Departamento de Estudios Generales, ITAM.

Se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier medio, incluido electrónico, sin permiso previo y por escrito de los editores.

¿DE QUÉ TE RÍES, DEMÓCRITO? GENIALIDAD Y MELANCOLÍA (SEGUNDA PARTE)

Peter Paul Rubens (1636-1638), *Demócrito*, óleo sobre tela, Museo Nacional del Prado, Madrid.
Imagen tomada de <<http://www.sonria.com/glossary/democrito/>> [consultado el 23 de marzo de 2018].

9

Demócrito ha sido etiquetado como “el filósofo que ríe (o riente)”.¹ El propósito de este artículo es reflexionar acerca de los motivos que llevaron a este genio a reír. Recordemos que Hipócrates fue llamado por los habitantes de la ciudad de Abdera para diagnosticar y sanar a Demócrito, a quien los abderitas consideraban el “más ilustre de sus ciudadanos”, pero creían que padecía una preocupante e insidiosa locura.

El encuentro² entre estos dos grandes hombres del mundo antiguo, Hipócrates y Demócrito, puso de manifiesto un paradigmático problema

¹ W.K.C. Guthrie, *Historia de la filosofía griega II. La tradición presocrática desde Parménides a Demócrito*, 1993, Madrid, Gredos, trad. de Alberto Medina González, p. 395.

² Cfr. *Los filósofos presocráticos*, II, 1980, Madrid, Gredos, p. 472.

vigente hasta el día de hoy: el de confundir al “hombre melancólico y genial” con el “enfermo abatido y deprimido”. Demócrito, si bien melancólico, es visto prejuiciadamente como un loco, entre otras razones, por su comportamiento aparentemente desmesurado frente a sus conciudadanos.³

Salvator Rosa (1615-1673), *Demócrito en meditación* (1650-1651), óleo sobre tela, Galería Nacional de Dinamarca, Copenhague. Imagen tomada de <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Salvator_Rosa_-_Democritus_in_Meditation_-_Google_Art_Project.jpg> [consultado el 8 de junio de 2018].

³“Se contaban de él [Demócrito] numerosas anécdotas, ninguna de las cuales tiene visos de acomodarse por completo a la realidad, ni de servir siquiera para exponer la reputación que tuvo en la antigüedad. Algunas de estas las comparte con otros filósofos famosos como Tales, Anaxágoras o Protágoras. La impresión general que aportan es, sin embargo, la de serenidad, buen humor y fortaleza, lo que concuerda a la perfección con sus preceptos éticos conservados. Se le etiquetó como ‘el filósofo que ríe (o riente)’, tentado a la risa por las locuras de la humanidad, al igual que Heráclito lo estaba a las lágrimas.” *Los filósofos presocráticos*, II, pp. 394-395.

Hipócrates, perito en medicina, ensoberbecido por su saber y gran fama, no reconoce la verdad *prima facie* de Demócrito, quien realmente distaba mucho de estar enfermo. Hipócrates no permite que afloren en él sus propios recuerdos de dolor originados en otros momentos de su vida y, al reprimir su pasado doloroso, no surge en él la nostalgia que le desbride el corazón humano. Hipócrates vive de realidades que ya no son ni serán, y cree estar frente al loco que los abderitas le impusieron cuando solicitaron su auxilio. Antes de conocer a Demócrito y tener con él un encuentro clínico, el médico de Cos habría necesitado confrontarse a sí mismo; de allí que Demócrito haya sido en un principio erróneamente diagnosticado. Así, no solo no nace en Hipócrates la inédita sorpresa que cada nuevo paciente ofrece, sino que tampoco reconoce al asombroso e insólito Demócrito de carne y hueso que se encuentra.

En un inicio, Demócrito es visto por Hipócrates como un hombre viejo y bizarro,⁴ pero lúcido. A pesar de que Demócrito es descrito como generoso al momento del encuentro con Hipócrates, Hipócrates realmente se proyecta, no se da cuenta de que se describe a sí mismo y este espejeo no le permite descubrir al otro. El médico de Cos registró este encuentro en una carta cuyo destinatario es su discípulo Damageto. Así inicia la carta que escribe rememorando el encuentro:

TENÍA RAZÓN [yo], Damageto: lejos de tener el espíritu dañado, Demócrito consideraba todo desde una gran altura. Me dio una gran lección de sabiduría y, a través de mí, a todos los hombres. Querido amigo, te envíe un barco [cargado de sabiduría médica], verdaderamente digno de Asclepio [dios griego de la medicina]. Habrá que añadir, a la insignia del sol⁵ que ya tiene, la de la salud [esto es, el símbolo de Asclepio, representado por el caduceo (vara con serpiente) que hace recordar al médico que es mortal y debe temer a la enfermedad insignia de la medicina].⁶

⁴El término “bizarro” en su sentido original castellano quiere decir “valiente”. Es incorrecto usarlo como sinónimo de raro o extraño, significado en francés, y por ende en inglés.

⁵Este símbolo lo llevaban los barcos en su vela en honor al dios Sol (Helios).

⁶Aristóteles e Hipócrates, *De la melancolía*, 1994, México, Heliópolis, trad. de Conrado Tostado, p. 73.

Hendrick ter Brugghen (1588-1629), *Demócrito* (1628), óleo sobre tela, Rijksmuseum, Ámsterdam. Imagen tomada de <[https://es.m.wikipedia.org/wiki/](https://es.m.wikipedia.org/wiki/Archivo:Hendrik_ter_Brugghen_-_Democritus.jpg)> [consultado el 8 de junio de 2018].

12

Lejos de tener el espíritu dañado, Demócrito está pletórico del principio griego que repara la vivacidad y el ingenio, gracias al aliento divino (πνεύμα: pneuma). Hipócrates, como todo médico, debió haber guardado silencio ante el primer instante de encuentro con su paciente. Pero no lo hizo, sino que se identificó con los prejuicios de los abderitas y en un primer momento vio a Demócrito como un loco. El silencio es tierra fértil, porque permite que el paciente hable y pueda volver sobre su memoria, la memoria de sí mismo que inicialmente está escondida. El silencio ofrece la posibilidad de que el paciente recuerde poco a poco su biografía y describa su dolor. Un médico es en cierto sentido un Sócrates del dolor, pues el paciente debe dar a luz la verdad de su dolor, y para ello necesita un partero. Demócrito debió haber tenido la oportunidad de manifestar sus síntomas al médico, y en un inicio no la tuvo. Esta capacidad para averiguar la historia de cada paciente y que es esencial para ejercer el arte del médico es la anamnesis (ἀνάμνησις, “recuerdo”). Crear la ocasión de evocar el pasado de cada paciente permite que él mismo le dé un nuevo significado a su vida, en cuanto doliente, y que el médico se sorprenda o se admire ante la distancia existente entre no-recuerdo (amnesia) y el recuerdo (anamnesis)

del paciente que remite al origen de la causa de su enfermedad. El médico ve dónde el paciente infringió las reglas de la salud o cuándo se fracturó por sí misma la norma de la salud, de la paz o del sosiego. Así alcanza el médico el diagnóstico (δια-γινώσκω, “encontrar el conocimiento”), lo cual requiere dos personas, una que calla (el médico) y otra que relata (el paciente). Esta distancia entre el saber del paciente y la capacidad de asombro del médico son dos conocimientos distintos que permiten tanto al médico como al paciente apropiarse en el presente del origen del dolor y de la dolencia (πάθος, *páthos*).

Un diagnóstico es un diálogo invertido, y el diálogo es un diagnóstico inverso. En este sentido, el diálogo filosófico es aquel en el que una persona pensante, después de su propia introspección, busca un interlocutor con el cual entrar en tensión para problematizar una materia, y se plantea la cuestión con precisión. Así se alcanza ya una meta que tiene dos vertientes discursivas: o bien se da respuesta a la pregunta, o bien se descubre la reciedumbre y lo complejo de la cuestión, la cual puede quedar sin respuesta. Estas dos vicisitudes, sin ser callejones sin salida, concluyen el diálogo y son un alto en el camino que otros filósofos eventualmente retomarán.

La dirección del diagnóstico clínico es opuesta a la del diálogo filosófico; el médico y el paciente averiguan a través del silencio y el relato del recuerdo el origen de la pérdida de la salud. Logran un acuerdo que consolida la confianza y la relación entre paciente y médico, y alcanzan una alianza terapéutica. Se inicia una relación que no se extingue ni es retomada por otro perito. El paciente no busca otro médico porque este deviene experto en la historia del paciente. Esto va en contra de la división del trabajo en el estudio del cuerpo humano que se ha hecho en la modernidad, que fragmenta lo indivisible del cuerpo y de la mente. Esta fragmentación de lo humano se produce cada vez con más frecuencia en las especialidades médicas, las cuales impiden un verdadero vínculo clínico y resulta técnicamente antihipocrática. La deshumanización que provoca ver por separado lo psíquico (ψυχικός) de lo corporal (σωματικός) y de lo espiritual (πνευματικός), impide en el médico el asombro ante la biografía única e irrepetible del paciente y le impo-

sibilita encontrar el origen de su mal. El cuerpo humano no es una máquina compuesta por una infinidad de micromecanismos separables entre sí, ni cada enfermedad es una entidad comprensible de manera aislada. Tampoco es el ser humano un cuerpo separado de la mente. El médico general recurre a la enciclopedia científica médica sin sacrificar el vínculo presencial con el paciente.

La meta del médico al problematizar consiste exclusivamente en regresar al paciente a la vida. Aquí también solo hay dos opciones: regresar a vivir gracias a la recuperación de la salud o enfrentar la realidad de que la vida está ya concluyendo, si la enfermedad es incurable. El diálogo clínico identifica problemas del vivir, y el ejercicio de la anamnesis para alcanzar un diagnóstico regresa al paciente al origen de su dificultad actual que le impide vivir sanamente. La diferencia entre el diálogo clínico frente al diálogo filosófico es que este último solo plantea las cuestiones cardinales de la vida sin buscar primariamente regenerarla, sino afinar y comprender sus fundamentos.

La opinión del paciente sobre su situación y su mismidad es lo más significativo para el médico. Él indaga en el pasado de su paciente para buscar y alcanzar su curación. Esta consiste en que el paciente recupere la salud y logre disfrutar su vida, de nueva cuenta o acaso por primera vez. La autociencia del paciente es subrayada por el clínico en un sentido visceral o dionisiaco en el que no predomina lo apolíneo racional. Lo subjetivo impera sobre lo objetivo, el paciente manifiesta que siente dolor, independientemente de que sea ilógico o incongruente con su realidad. Una vez sano, el doliente podrá continuar esculpiendo su biografía.

Por otro lado, el diálogo del filósofo se aleja de la opinión (δόξα, doxa), duda y sospecha de ella, porque no es ciencia (ἐπιστήμη, epistēmē). La opinión del paciente que es “doxa”, tan valorada por el médico, incluye la imaginación (εἰκασία, eikasía), la fe (πίστις, pistis) y la fantasía (φαντασία) del mismo paciente para alcanzar su salud. Que el paciente imagine el origen de su mal y fantasee sobre sus deseos, que por desmedidos causaron su enfermedad, es la esencia del acompañamiento del médico. Y en esto coinciden la filosofía socrática y la medicina hipocrá-

tica: ambas son un parto. El consultorio médico y el seminario filosófico son una sala de labor. En uno y otro se da a luz, en uno al neonato sano y en el otro a la verdad. Usan el método peripatético, el médico se pasea en los recuerdos de su paciente y el docente dialoga paseándose por las ideas de su discente. El médico y el maestro callan para escuchar al otro, dejándose sorprender por lo novedoso que le relatan, y aparecen sus discordancias. El diálogo con el paciente es insustituible, los auxiliares de diagnóstico, como los exámenes de laboratorio, de gabinete, de electrofisiología, de psicometría, etc., solo aclaran o ratifican la primera impresión diagnóstica que se impone en la clínica.

Así, se contraponen los métodos del médico y del filósofo, puesto que en este último prima siempre el conocimiento puro (ἐπιστήμη) acerca del mundo sensible, lo empírico. El diagnóstico médico es arqueológico, es un diálogo socrático invertido. Si bien Sócrates es un perito en partos, el médico ejerce un antiparto en el que el “embrión” (el comienzo), que en un momento dado es un hombre enfermo que padece el dolor, recuperará la salud mediante el recuerdo de su pasado y regresará a su integridad somática, psíquica y a su devenir político, esto es, a su vida (ζῶον, zōon) pública (πολιτικόν).

Desde el momento que el embrión es expulsado de la madre advierte las diferencias entre la salud y sus avatares mórbidos: el primer acto de consciencia de su vida extrauterina es, una vez parido, el llanto displacentero. Que el ser humano es expulsado por la naturaleza implica tomar consciencia de las pérdidas emocionales, temporales, materiales y en general de todo tipo, que conllevan la enfermedad y, por ende, la exigencia del retorno a la salud; lo cual no es otra cosa que una exigencia de la elección de la propia e individual biografía. Somos “enfermos” al ser expulsados de la madre naturaleza y deseamos volver a la matriz. Y la cultura misma, como opuesta a la naturaleza, es parte de la enfermedad del hombre, porque no lo hace ni más feliz ni más sano; la técnica y la civilización, por más satisfactorios que ofrezcan, claudican y finalmente la enfermedad termina con la vida mortal. La salud es un estado de privilegio, un estado aristocrático, y de no elegir ese estado excepcional se cae en el mundo de lo ordinario, de lo cotidiano y de lo común y de la risa vulgar; este letargo es lo inmoral. Mantenerse en

el estado de la no-elección, de la no-determinación, es reducirse al estado animal, cuasi inmoral o amoral:

Los que se exceden en lo que hace reír son considerados como bufones vulgares, procuran hacer reír a toda costa y se proponen más provocar la risa que decir cosas graciosas o no molestar al que es objeto de sus burlas. Por otra parte, los que no dicen nada que haga reír y llevan a mal que lo hagan otros parecen intratables y ásperos [...] A la disposición intermedia [entre el bufón y el hosco] pertenece también [el que tiene] el tacto. [Ese es el hombre que recupera la salud, el que realmente vive, no el que sobrevive]. Es propio del que tiene tacto decir y oír lo que cuadra a un hombre de bien y distinguir; este puede, en efecto, decir y oír cosas en tono de broma y las bromas del hombre distinguido difieren de las del hombre de índole servil, las del educado de las del que no tiene educación.⁷

La comprensión del hombre individual, irrepetible, solo la puede llevar a cabo el genio, y en ocasiones el médico, cuando prepara el tratamiento que le permitirá recuperar a cada humano su pleno desarrollo hasta el momento final de su vida, la muerte es la “enfermedad” final. Tanto el nacimiento como la muerte de un hombre son partos propios de un proceso del paso del no ser al ser y del descubrir el misterio de la vida hasta encontrarse con el misterio de la muerte.

Después de la vida, si es que eso existe, aparece la no alterabilidad. El ejercicio de la medicina como disciplina arqueológica, que conoce el pasado más nunca el provenir, no busca confirmar el conocimiento científico que es propio de la filosofía, sino que solo quiere recuperar la paz y el sosiego de la salud que es la esencia de la vida. Dice Ortega y Gasset:

[El ejercicio de la clínica] no es ciencia. Es precisamente una profesión, una actividad práctica. Como tal significa un punto de vista distinto del de la ciencia [...] de la ciencia toma lo que le interesa para curar o mantener la salud en la especie humana [...] entra en la ciencia y toma de sus resultados cuanto considera eficaz, pero deja el resto.⁸

⁷ Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1999, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, trad. de María Araujo y Julián Marías, libro IV, capítulo 8, 1128a4 y ss.

⁸ José Ortega y Gasset, “Misión de la universidad” (1930), en *Obras completas*, II, 1953, Madrid, Revista de Occidente, p. 29.

La vida dionisiaca, de disfrute, no es solamente un sueño, es un conjunto de estultas fantasías a la manera en la que fue descrita en los albores de la lengua española. *El Quijote* de Cervantes y *La vida es sueño* de Pedro Calderón de la Barca lo tratan. Dice Calderón:

Sueña el rey que es rey, y vive
con este engaño mandando,
disponiendo y gobernando;
y este aplauso, que recibe
prestado, en el viento escribe
y en cenizas le convierte
la muerte (¡desdicha fuerte!):
¡que hay quien intente reinar
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte!

Sueña el rico en su riqueza,
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza;
sueña el que a medrar empieza,
sueña el que afana y pretende,
sueña el que agravia y ofende,
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.

Yo sueño que estoy aquí,
destas prisiones cargado;
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.⁹

⁹Calderón de la Barca, *La vida es sueño*, en *Obras completas*, 1932, Madrid, Aguilar, pp. 301-302.

Para el médico es fundamental escuchar lo que el paciente relata sobre el recuerdo de lo acaecido a sí mismo. Este recuerdo lleva al médico a sus propios discernimientos sobre la falta de salud de su paciente. Lo que dice el paciente coge al médico desprevenido. Permitir el extrañamiento le advierte del peligro de sus prejuicios y lo libera de ellos, porque lo vuelve a poner ante las cosas tal como son. El silencio del médico es recompensado por la sorpresa frente a lo irrepetible de ese hombre que se encuentra frente a él y que le confiere el ánimo para emprender un nuevo y fresco camino en el relato médico del misterio humano que lleva a recobrar la salud. El médico es simplemente otro hombre ordinario y vulgar, pero a la vez es un experto, un perito en medicina, sorprendido y por lo tanto valioso para su paciente.

Cuando el médico advenedizo confunde a su paciente con otros y no ve la individualidad de su dolor, lo prejuzga. Entonces no logra describir el diagnóstico que le podría venir de la anamnesis y le impone un estado mórbido preconcebido. Sería así un médico sin paciente o un sujeto sin objeto. El sujeto se debe al objeto y por ello el sujeto deviene inexistente cuando no reconoce al objeto. El “médico” narcisista es no-médico de un no-paciente, no hay interacción sujeto-objeto. El médico se equivoca cuando impone el “diagnóstico” y no contempla la particularidad de un individuo libre e irrepetible, al cual simplemente no entiende. Un médico no es verdaderamente médico sino hasta que entabla una relación única médico-paciente en el tiempo y en el espacio que coinciden a causa de la enfermedad. Cuando la relación clínica deja de existir cambia radicalmente, deviene una relación humana. Deja de ser una relación médico-paciente, para regresar a una relación entre personas iguales, en la que la genialidad médica se deja de desempeñar.

Es así como Hipócrates, en la primera parte de su encuentro con Demócrito, no lo reconoce como paciente, no co-nace (*connaître*) con Demócrito; lo prejuzga. ¡No lo conoce! No nace, no da a luz al verdadero Demócrito en el alma de Hipócrates, se da un “falso parto”.

Hipócrates prejuzgó a Demócrito con base en lo sugerido por sus conciudadanos abderitas, quienes le imponían la categoría nosológica de “locura” a Demócrito como diagnóstico preexistente. La conciencia

colectiva que imputa este cuasi diagnóstico impide a Hipócrates preguntar a Demócrito lo que sí sabe y recuerda. La primera pregunta que le hace Hipócrates es torpe: ¿de qué te ríes, Demócrito? Y equivale a decirle a un loco: ¿de qué te ríes, loco? No hay invitación a la anamnesis, y los abderitas, como falsos médicos, proyectan masivamente su locura colectiva sobre Demócrito.

Los abderitas quedan al lado de la verdad (paranoia, de παράνοος “demente”) e inventan un pretendido persecutor que desvela esta verdad: Demócrito. La locura colectiva es inmoral, en la medida en que la realidad de la maldad es negada por todos. Hipócrates no logrará discernir entre enfermedad y salud sino hasta que guarda silencio y se admira ante la genialidad melancólica de Demócrito.

La relación de tensión entre el abatimiento, o depresión (duelo), y el recuerdo de los errores, o genialidad, es la tirantez que existe entre la depresión y la melancolía. Los abderitas repiten como hombres ordinarios los errores ancestrales de sus antepasados y por eso están enfermos y no reconocen su enfermedad. No la reconocen pero la proyectan. Por lo que habría que diferenciar entre lo que realmente vivió Demócrito y el dolor del diagnóstico social que le cae encima y lo aplasta.

Sócrates confrontó a su detractor Ánito,¹⁰ un rico depravado que no era mejor que sus padres, con su desmesura. Este hombre inmoderado se hizo acaudalado explotando esclavos en las minas, los cuales morían miserables prematuramente. Por haberlo enfrentado, Ánito llegó a ser el peor de sus acusadores en el juicio más relevante al que jamás haya comparecido la filosofía occidental,¹¹ y que llevó a Sócrates a su muerte.

¹⁰ Ánito (Ἄνιτος) era un hombre rico que pertenecía al grupo de nuevos políticos que hicieron fortuna rápida mediante la explotación de la mano de obra de esclavos. Para Ánito, todos los que se metían a filosofar representaban un peligro; prefería como ejemplo a los grandes hombres del pasado. Sócrates le contestó que ninguno de esos tuvo un hijo a su medida, con lo que probó la imposibilidad de enseñar la virtud y el bien.

¹¹ Confucio es el equivalente a Ánito, en tanto que mandó matar a un genio. Al igual que en Grecia, donde florecieron genios filosóficos y literarios entre los siglos IV y VI a.C., en China ocurrió algo similar. Se dice que el mismísimo Confucio (551-479 a.C.), padre de la filosofía china clásica, en la época en que era ministro de justicia condenó a muerte a muchos funcionarios con pretexto de que eran capaces de juntar en torno suyo a grandes masas, que sus argumentos eran seductores y que podían volver respetable el mal. El más célebre de esos intelectuales

Ánito, el más influyente de los tres acusadores, era un “señorito”, un “junior”, en la Atenas de Pericles. Ánito era hijo de un gran señor. Sócrates reconoce su abolengo y su riqueza, pero habla sobre la imposibilidad de transmitir la virtud a un hijo simplemente gracias al legado de un gran padre o un gran ascendiente. Repetir el pasado no garantiza que el descendiente sepa fundamentar y que pueda vivir de un sistema de creencias justo y acertado, en el que las características del pasado pueden no reproducirse, pues contradirían las “nuevas” conclusiones del vástago. Así, el joven olvida su historia y repite los errores de aquellos que se desviaron de la verdad.¹²

Los abderitas son acusadores desmedidos de Demócrito. El miedo de los abderitas ante la autenticidad de lo que vive Demócrito es apaciguado y evadido por medio de la reiteración del errado diagnóstico: ¡Está loco! Realmente este falso diagnóstico es una defensa, una proyección que saca al exterior lo que no quieren reconocer como propio. Esta proyección es retomada por Hipócrates y la hace suya. Se contagia del prejuicio en los primeros momentos del encuentro con Demócrito. Hipócrates actúa como un inocente pubescente, como un pendejo (del latín *pectinicūlus*, de *pecten*, -*inis* “vello púbico”), al aceptar el estado público de interpretado que padecía Demócrito. Actúa como un hombre ordinario más, que no se diferencia de otros.

La ordinariez del hombre que no se inspira para lograr la genialidad es la distancia que se da entre repetir errores sin recordarlos, en vez de evocarlos. No puede haber progreso si no se recuerda la historia. La historia exige la conservación del pasado. Esto explica el vacío que provoca la reproducción de lo falso y la falta de creatividad de cualquier hombre ordinario. Ante la “locura” de Demócrito, el más grande de los ciudadanos de Abdera, sus conciudadanos están abatidos y descorazonados porque su más grande ciudadano se ha vuelto “loco”, y por ello acuden a Hipócrates en busca de tratamiento. El médico ciertamente no

rebeldes, Teng Shih (circa 522-502 a.C.), fue juzgado, condenado a muerte y ejecutado. Teng Shih enseñaba la relatividad del bien y del mal. Como “sofista chino”, era capaz de apoyar las tesis más opuestas. En <https://www.ancient.eu/Teng_Shih/> [consultado el 19 de abril de 2018].

¹² Véase Platón, *Menón*, 93a-94e.

fue requerido por Demócrito, lo que es una gran transgresión a su libertad. No solamente la presencia de Hipócrates es una agresión para Demócrito, sino que se corre el riesgo de una iatrogenia. Los abderitas, como masa enajenada, reprimen la verdad de sus errores vitales, que son locura, proyectándola en sus miedos. Son hombres ordinarios que en vez de reconocer la realidad de sus incongruencias cotidianas, inventan la categoría calificativa que dice: “Demócrito está demente, no sabe de sí”, cuando los que no saben de sí son los mismos abderitas, porque están alienados.

Hipócrates inicia el encuentro con el mismo prejuicio y repite la interpretación: “Demócrito ha de estar demente”, porque es contagiado por los criterios de “normalidad abderita” y hace un diagnóstico inicial “burdo” para excluir un estado mental de salud. Sin embargo, pronto corrige su error para concluir que en grado máximo “Demócrito está realmente sanísimo”. La locura diagnosticada nace de la *doxa* y no de la *episteme* ante un estado de salud extraordinario. El miedo de los abderitas a perder la razón, a volverse locos, los lleva a proyectar como enfermedad lo que realmente resulta ser el ejercicio de la genialidad democritea. He aquí el relato original del prejuicio hipocrático antes de enfrentar a Demócrito como paciente, cuando Hipócrates pide a su discípulo Cratevas medicinas para curar a un supuesto enfermo:

Conozco, querido amigo, tu gran talento de herborista, que obtuviste, a la vez, por tu práctica y por tus gloriosos antepasados; tu capacidad iguala a la de tu abuelo [el médico] Cratevas. Te ruego que recolectes ahora mismo —después será demasiado tarde: la necesidad apremia, las mejores plantas que encuentres, envíamelas: son para un hombre que vale, por sí mismo, una ciudad. Se trata de un abderita, es cierto, pero es Demócrito. Dicen que está enfermo y que su locura requiere una purga. A decir verdad, espero que los remedios sean inútiles, pero hay que estar prevenidos para cualquier eventualidad.¹³

¹³ Carta de Hipócrates a Cratevas, escrita poco tiempo antes de embarcarse hacia Abdera, en Aristóteles e Hipócrates, *De la melancolía*, p. 68.

Jan Pynas (1582-1631), *Hipócrates visitando a Demócrito en Abdera* (1614).
Imagen tomada de <<https://www.getdailyart.com/22094/hippocrates-visiting-democritus-in-abdera>> [consultado el 08 de junio de 2018].

Una vez que Hipócrates se encuentra físicamente con Demócrito, se da una suerte de *sesión psicoanalítica primigenia* que concuerda en principio con un escenario clínico, cuya sugerente etimología viene del griego κλινική, de κλίνη, “lecho o cama”. Demócrito se halla en una banca, sentado, con una copa de vino y apartado de sus libros, reflexionando. Si bien había prejuzgado e incluso había sido advertido por los abderitas de la necesidad de administrarle tratamiento, en un primer momento, ya ante Demócrito, el médico calla y escucha, aplica la máxima médica *primum non nocere*, “no dañar antes que nada” y recién llega a donde está Demócrito, Hipócrates inicia su interrogatorio clínico de la siguiente manera:

—Y para comenzar, explícame: ¿qué estás escribiendo? [Ante lo cual Demócrito] Guardó silencio antes de responder:

—Escribo sobre la locura.

—¡Por Zeus, rey de los dioses! —exclamé— ¡Qué tema y qué réplica a las acusaciones de la ciudad!¹⁴

¹⁴ *Ibid.*, p. 76.

Esto causó en Hipócrates una gran impresión, no solo por la genialidad de la respuesta de Demócrito sobre el misterio de la condición humana en general, sino porque además le mostró que la melancolía y la genialidad en un ser humano podían cohabitar sin exigir la necesidad de tratamiento.

Demócrito observó, con enojo, tristeza, decepción y resentimiento, cómo sus conciudadanos estaban cometiendo la estupidez (del latín *stupidus*, “aturdido”) de denunciarlo ante Hipócrates. La sorpresa lo deja estupefacto y pasa por lo que todo genio padece: experimenta todos los estados de ánimo soportables por la psique frente a la miseria del error humano evitable. Demócrito parece estar diciéndole a Hipócrates: “piensa y sufre antes de juzgar”. Demócrito resulta ser atalaya melancólica y nostálgica que vigila en nombre de los abderitas, o de toda la humanidad, lo que los abderitas, a ras del suelo, no quieren ver.

Los abderitas no pueden ni quieren ver su cotidianidad y lo ponen en el otro, en este caso en Demócrito. Los abderitas buscan bloquear a Demócrito proyectando en él sus culpas. Buscan deshacerlo dictaminándolo de loco. La excepcionalidad del estado mental de Demócrito que no cae en paranoia, por ser genial, lo inmuniza contra la peor de las enfermedades mentales. Este estado excepcional del hombre genial favorece cambios bruscos e impredecibles en su ánimo y en su conducta, pero no se afianzan como síntomas, no se convierten en algo estable y patológico; lo cual sí ocurre en el enfermo paranoide. Esos mismos cambios bruscos e impredecibles cuando son desequilibrios constantes y no adaptativos del estado emocional son signos de psicosis o locura, y consolidan entidades patológicas que el paciente expresa como síntomas. El médico los confirma como signos de su diagnóstico psiquiátrico. Este último no es el diagnóstico correcto de Demócrito, porque aunque sus estados de ánimo fluctúan y lo vuelven inestable, él logra restituir sus emociones sin caer en el exceso de la razón que es locura. En Demócrito se estabilizan las conductas sorprendentes como la risa, el llanto, la cólera y muchas más, dando cohesión y ánimo a un hombre superlativo y melancólico.

Demócrito muestra un signo de locura “evidente” que asusta a los abderitas: su risa constante. Cuando Hipócrates inicia el diálogo con Demócrito, este nostálgico individuo le atiza una sospecha casi cierta del supuesto diagnóstico de locura. En la tradición hipocrática, la risa ha sido un signo clínico que confunde lo “normal” y lo patológico, pues la risa maniaca es un signo indubitable de locura. Sin embargo, cuando Hipócrates disecciona esa risa democritea, medida y melancólica, advierte que es obra de una introspección genial basada en las burdas incoherencias que acaecen en la vida de los abderitas, los cuales por cierto, pueden ser locos, ordinarios y tristes. Con su risa, Demócrito pone en evidencia que los seres humanos dicen una cosa y hacen otra. Este famoso encuentro es descrito en la carta XVII a Damageto.¹⁵ Se llevó a cabo en las afueras de la ciudad de Abdera, entre el año 400 y el 370 a.C.¹⁶ Hipócrates lo describe así:

Encontramos a los habitantes [de Abdera] reunidos en la puerta de la ciudad, donde como debe ser, habían venido a esperarnos: no solo los hombres, también las mujeres, los viejos, los muchachos y los niños. [...] todos estaban sumergidos en la tristeza. Su actitud se explicaba por la supuesta locura de Demócrito [La] ciudad es pequeña y la casa no quedaba lejos. Llegamos cerca de la muralla donde vive Demócrito. Me guiaron con suavidad detrás de la torre, hacia una colina sombreada de álamos frondosos, desde donde se veía la casa de Demócrito, quien estaba sentado en una banca de piedra al pie de un plátano grueso y muy bajo, con una túnica burda, solo y sucio, con la tez muy amarilla, el cuerpo descarnado y las mejillas cubiertas de una barba demasiado larga. [...] Demócrito había colocado, con mucho cuidado, un libro sobre sus rodillas; otros cubrían el suelo, por todas partes, cerca de un montón de animales disecados. A veces se inclinaba para escribir con aplicación, otras permanecía interminablemente en suspenso, perdido en sus pensamientos. Al cabo de un rato se levantaba para dar una vuelta, examinaba las vísceras de los animales, las dejaba y volvía a sentarse.¹⁷

¹⁵ Según varios filólogos, Hipócrates vivió durante algún tiempo al lado de Demócrito como discípulo y no fue especialmente este encuentro el único que tuvieron ambos hombres.

¹⁶ Entre las Olimpiadas 93 y 99.

¹⁷ Aristóteles e Hipócrates, *De la melancolía*, pp. 73-74.

La seriedad de esta presunción diagnóstica habla de “la tez muy amarilla”, que hoy se conoce como *facies hipocrática*, que advierte la proximidad de la muerte de un paciente por la gravedad de la enfermedad. Tampoco se debe pasar por alto el énfasis que hace en los signos de desaliño: “con una túnica burda, solo y sucio”, signos de patología mental. Esto es lo que prejuiciosamente supuso Hipócrates al adelantarse al pronóstico de la supuesta enfermedad de Demócrito cuando lo examinó frente a sus conciudadanos.

Hipócrates relata a Damageto lo que decían sus conciudadanos de Demócrito:

Los abderitas, sumergidos en una tristeza que casi los hacía llorar, me dijeron: “Ese es, Hipócrates, Demócrito; está loco, no sabe ni lo que quiere ni lo que hace”. Uno de ellos, para señalar su locura con más claridad, gimió de un modo largo y agudo, como si se le hubiera perdido su carga. Demócrito sonrió al oír al primero y soltó una carcajada al escuchar al segundo: dejó de escribir y movió la cabeza.¹⁸

François-André Vincent (1746-1816), *Demócrito entre los abderitas*, óleo sobre tela (c.1790). Imagen tomada de <<https://collections.lacma.org/node/201930>> [consultado el 8 de junio de 2018].

¹⁸ *Ibid.*, pp. 74-75.

Hipócrates inicia el estudio de los signos y síntomas recordados (anamnesis) por el paciente, con el fin de integrar un diagnóstico, y dijo:

Tenía razón [yo], Damageto: lejos de tener el espíritu dañado, Demócrito consideraba todo desde una gran altura. Me dio una gran lección de sabiduría y, a través de mí a todos los hombres. [...] se entregaba, escrupulosamente a la filosofía en sumo grado.¹⁹

Me quedé quieto [dice Hipócrates] y esperé una pausa [*primum non nocere*: lo primero es no hacer daño] poco después dejó su estilo [στῦλος: cálamo] y levantó su mirada hacia mí. Me dijo: “Te saludo, extranjero”. “Yo también te dirijo mil saludos, Demócrito, el hombre más sabio”, le dije. Me parece que se avergonzó de no llamarme por mi nombre y respondió: “Y tú, ¿cómo te llamas? Te llamé extranjero porque no conozco tu nombre”. “Mi nombre, le dije, es Hipócrates, el médico”. Él respondió: “Conozco bien la nobleza de los hijos de Asclepio y tu gran reputación de médico sabio. ¿Qué te trajo por acá, amigo?”.²⁰

26 Hipócrates inició la evaluación del estado de la homeostasis, *krasei* (κράσει: la mezcla adecuada y constantemente cambiante de los humores del cuerpo), así como los procesos de la autoexpulsión, *kénosis* (κένωσις: el vaciamiento del cuerpo que le permite volver a ser receptivo) y de incorporación de todo aquello que se necesita, *plérôsis* (πλήρους, el llenado que restaura para repetir la vida sana de todo mortal por medio de una nueva *kénosis*). Este es el adecuado estado dinámico (δύναμις, “fuerza”) y homeostático, que cambia según cada organismo lo requiera. Lo primero que hace un recién nacido es expulsar (*kénosis*) por medio del llanto el fluido que tienen sus pulmones y da cuenta del inicio de su propia vida, que lo diferencia de la vida de su madre y de la de los demás. Con el llanto quedan vacíos sus pulmones para quedar pletóricos de aire, *pneuma* (πνεῦμα: “espíritu, soplo o aliento divino”, que mientras lo posea tiene vida) para empezar a incorporar libremente su propia biografía.

Este *continuum* en Demócrito, en cuanto proporción justa de vaciamiento y llenado, explica sus estados de risa, llanto, enojo, hambre, aste-

¹⁹ *Ibid.*, p. 73.

²⁰ *Ibid.*, pp. 75.

nia, adinamia y, eventualmente, su estado melancólico creativo. Así continúa Hipócrates:

“¿Conoces a Filomeno, uno de tus conciudadanos?” “Perfectamente, dijo, te refieres al hijo de Damón, quien vive cerca de la fuente de Hermes” [...] “Y para comenzar, explícame: ¿qué estás escribiendo?”. Guardó silencio antes de responder: “*Escribo sobre la locura (Τρέλλα)*”.²¹

Las cursivas son nuestras y tienen como fin mostrar la provocación de Demócrito que logra llevar a Hipócrates a un estado en que aparece el fenómeno conocido como “confusiones geográficas”, que normalmente se da al inicio de un proceso analítico y que involucra a Hipócrates, que formalmente es el médico y que ahora se convierte en paciente, y empieza a padecer los síntomas que prejuiciaba en Demócrito, y a Demócrito, convertido en médico, que lleva a cabo la anamnesis de Hipócrates. El paciente se convierte en médico y el médico en paciente. Se invierten los papeles geográficamente.

“¡Qué tema y qué réplica a las acusaciones de la ciudad!” “¿De cuál ciudad hablas, Hipócrates?”, me preguntó. “De ninguna Demócrito, no sé²² por qué dije eso.²³ Pero, ¿qué escribes sobre la locura?” “¿Qué podría

²¹ *Ibid.*, p. 76.

²² Ante este “no sé”, Freud diría que el paciente sabe, “solo que no sabe que lo sabe y por eso cree que no lo sabe”. “Sexta conferencia. Premisas y técnicas de la interpretación”, en *El sueño. Conferencias de introducción al psicoanálisis*. El origen de este descubrimiento “freudiano” proviene del filólogo Karl Abel, que explica el verdadero sentido antitético del lenguaje que se encontraba en las lenguas primitivas, que mantiene los dos sentidos, y que las modernas han perdido.

²³ “no sé por qué dije eso”. Hipócrates está tratando de enmendar un lapsus (un resbalón), porque intuye que tendrá que reconocer una dolorosa verdad (*déjà vu*) respecto de su propia locura. Siempre el “no es” (la negación) es un lapsus; es el mecanismo psíquico más primitivo que existe para defendernos de la verdad. Pero es una negación infructuosa que pretende ocultar la verdad que resulta intolerable, no vemos en ello un bien. Neurológicamente estamos predispuestos para no decir mentiras, el sistema serotoninérgico nos dificulta mentir porque se activa el neurotransmisor serotonina en diversos lugares del sistema límbico (encéfalo) y se genera una nueva actividad neuronal y la consecuente plasticidad. De allí el éxito de los “detectores de mentiras” que perciben los “superfluidos”: sudor, palidez, taquicardia, desviación de la mirada, constricción pupilar (miosis de μύειν). Los seres humanos negamos siempre que nos tensionamos por una confusión empantanada que busca dentro de nosotros evitar devenir verdad. Estaremos en una posición de persecución (paranoide) mientras no nos atrevamos a confrontar

escribir, me respondió, si no lo que es, cómo le da a los hombres y cómo se puede calmar? No diseco esos animales que ves allí por odio a la creación divina, sino porque busco el carácter y el lugar de la bilis [negra] que, como sabes, es lo que daña al espíritu de los hombres cuando se produce en exceso: existe de un modo natural en todos pero algunos la producen en menor cantidad y otros en abundancia; en este último caso, sobrevienen las enfermedades.”²⁴

Luca Giordano, llamado Fa Presto (1634-1705), *Demócrito* (ca. 1660), Pinacoteca Tosio Martinengo, Brescia. Imagen tomada de <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:%27Democritus%27_by_Luca_Giordano,_called_Fa_Presto.jpg>: [consultado el 8 de junio de 2018].

Es notable cómo Demócrito se convierte en el maestro en medicina de Hipócrates, haciéndole entender la noción de mezcla dinámica y cinética de los humores en el cuerpo que llevará a Hipócrates a entender

nuestra verdad y aceptemos una posición depresiva o melancólica, que lamenta la verdad que duele. La verdad duele porque lo que fue no puede repetirse y eso es el reto de vivir. No estar detenidos en el pasado, nos permite vivir. Julio Moizeszowicz y Mirta Moizeszowicz, *Psicofarmacología y territorio freudiano*, 2000, Buenos Aires, Paidós, p. 40.

²⁴ Aristóteles e Hipócrates, *De la melancolía*, pp. 75-76.

el concepto de *pax* (“paz, salud, paciente”, en griego, ἡσυχία) que permite conocer la mismidad del sujeto en el espacio y en el tiempo, que equivale al término alemán utilizado por Freud *selbst*, mismo, y no *Ich*, yo, y que no tiene el mismo sentido en español al ser traducido como “yo” o como sí mismo. Conviene recordar que para alcanzar la paz es necesario alcanzar el autoconocimiento que deriva finalmente del original indoeuropeo “*mn*”, de donde derivan los actuales términos latino (*mens*, “mente”) y germánico (*mind*), y se refieren al conocimiento cierto de la vida que se construye a favor de un sentido de identidad. Así se expresa Hipócrates:

“¡Por Zeus, Demócrito, dices la verdad y hablas con sabiduría! ¡Qué suerte tienes de disfrutar esta tranquilidad, ¡No todos lo hacemos!” “¿Por qué no?”, me preguntó. “Porque la casa, los campos, los niños, las deudas, las enfermedades, los muertos, los esclavos, las bodas y todo lo demás nos impiden el ocio.”

Al oír esto, Demócrito recayó en su actitud acostumbrada: rio a carcajadas. Se rio de todo y luego guardó silencio. Hipócrates hizo una ingenua evaluación de prueba de realidad. Así, preguntó: “¿De qué te ríes, Demócrito? ¿Te hablé de bienes o de males?”.

Rio Demócrito con más fuerza y algunos abderitas que los observaban desde la colina se golpearon la frente o la cabeza, otros se arrancaron los cabellos, pues, según le dijeron más tarde los abderitas a Hipócrates, su risa era estruendosa. Retomó la palabra Hipócrates, mostrando una vez más la testarudez del falso perito cuando se percibe confrontado ante una realidad que teme por desconocimiento de su propia condición de hombre:

Demócrito, el mejor de los sabios, muero por saber qué te pone en ese estado. ¿Qué te pareció ridículo: yo o lo que dije? Una vez informado, suprimiré la causa de tus burlas. O bien, si te convengo de que no tienes razón, tendrás que renunciar a tu risa inoportuna.

A lo que Demócrito respondió:

“¡Por Heracles! Si pudieras convencerme de que no tengo razón, Hipócrates, habrás hecho una curación que nadie ha logrado jamás.” Le dije, “¿no te resulta extravagante reír de la muerte de un hombre, de una enfermedad, de los trastornos del espíritu, de la locura, de la melancolía, del asesinato o de cosas peores? O bien, ¿de las bodas, de los discursos, de los partos, de los misterios, de las magistraturas, de los honores y de cualquier otro bien? Ríes de lo que hay que lamentar y lamentas lo que da alegría: ya no distingues entre el bien y el mal.”

Hipócrates es así cuestionado no solo como médico, sino como persona. Él se escondía en su “profesionalismo” proyectando su ignorancia y su diagnóstico de locura en Demócrito en representación de los abderitas, todos los hombres y la “tradición médica”. Lo que está en cuestión es la humanidad de Hipócrates y su incapacidad para reconocerla en Demócrito antes de pretender escudriñar la causa del dolor. Demócrito continuó:

Muy bien dicho, Hipócrates, pero ignoras de qué río; estoy seguro de que, cuando sepas, añadirás a tu equipaje una medicina mejor para la patria que tu propia embajada: podrás enseñar la sabiduría a los demás. A cambio, quizá me enseñes el arte de la medicina. Los hombres se interesan en cosas que carecen de interés; se esfuerzan y luchan entre ellos por cosas que no valen la pena; todos desperdician la vida en cosas ridículas.

Entonces exclamó Hipócrates:

¡Explicate, en nombre de los dioses! Pues me temo que el mundo entero está enfermo sin saberlo y no puedo enviar a nadie a buscar remedio a ninguna parte, pues ¿qué podría encontrar fuera del mundo?

Hipócrates acude a los dioses para seguir afirmado su diagnóstico pero ahora con omnipotencia divina, ante lo cual Demócrito replicó:

Hipócrates, existe una infinidad de mundos;²⁵ no empequeñezcas la riqueza de la naturaleza.

²⁵ Estos mundos se parecen a las mónadas de G. Leibniz (1646-1716), pero provienen de Demócrito, quien en este punto retoma a su maestro Leucipo (450-370 a. C.). Tanto a De-

Jacob Backer (1608-1651), *Hipócrates visitando a Demócrito en Abdera*, Colección Alfred e Isabel Bader, Milwaukee. Imagen tomada de <<https://www.pubhist.com/w3384>> [consultado el 15 de mayo de 2019].

Responde Hipócrates:

Ese problema, Demócrito lo veremos más tarde; por ahora, le dije, quiero evitar que te pongas a reír incluso al explicarme la infinitud: tienes que explicar al mundo en el que vives las razones de tu risa.

mócrito como a Leucipo se les atribuye la fundación del atomismo (ἄτομον, “lo que no puede ser dividido”) mecanicista, según el cual la realidad está formada tanto por átomos, que son partículas infinitas, indivisibles, de formas variadas y siempre en movimiento, como por el vacío. Demócrito afirma que existe el ser y el no-ser: el primero está representado por los átomos y el segundo por el vacío, “que existe no menos que el ser” (Simpl., *Fís.* 28, 4), siendo ambos imprescindibles para que exista movimiento. Véase *Los filósofos presocráticos III*, 1986, Madrid, Gredos, trad. de Armando Poratti, Conrado Eggers Lan, María Isabel Santa Cruz de Prunes y Néstor Luis Cordero, p. 186. Si se aplica a la condición del hombre, este también estaría conformado por partículas infinitas, indivisibles y en constante cambio, lo que muestra el misterio humano sin que se pueda jamás formular ni explicar, como pretendía Hipócrates antes de su sesión con Demócrito. Véase *ibid.*, p. 169. Esto generó que Hipócrates, después de este encuentro, quisiera mantener correspondencia con Demócrito. Véase *ibid.*, p. 175. Aristóteles también fue influido por Demócrito al considerar a los elementos, a lo sólido y al vacío. *Metafísica*, libro 1, capítulo 4, 985b.

Escribe Hipócrates: Demócrito “me miró con ojos penetrantes y respondió”:

Atribuyes dos causas a mi risa: los bienes y los males. Pero mi risa tiene un objeto único: el hombre, lleno de sinrazón, vacío de obras rectas, pueril en todos sus proyectos; el que sufre, sin motivo, sacrificios sin fin; a quien sus deseos inmoderados han llevado hasta los límites de la tierra y a las inmensas cavidades; el que funde la plata y el oro y no cesa de adquirirlos; el que lucha todo el tiempo para tener más, con el fin de no decaer; el que no siente ningún remordimiento al declararse feliz una vez que ordenó a esclavos encadenados excavar las profundidades de la tierra. Algunos de esos esclavos morirán en derrumbes de terrenos poco sólidos, otros, interminablemente sometidos a esa obligación, verán en el castigo una patria. El hombre busca oro y plata, examina las huellas de polvo y las raspaduras, amontona aquí la arena que extrajo de allá, abre las venas de la tierra, pulveriza terrones para enriquecerse: nuestra tierra materna se volvió una tierra enemiga. Se le admira y se le pisotea, a ella, que siempre es la misma. ¡Qué risa me dan esos enamorados de una tierra fatigosa y llena de secretos cuando, una vez que la tienen frente a sus ojos, la violentan! Unos compran perros, otros, caballos; aquellos circunscriben un amplio terreno y le ponen marca de propiedad: quieren ser amos de grandes dominios, pero no se dominan a sí mismos. Les urge casarse con mujeres que luego repudian; aman y más tarde execran; desean procrear y una vez que sus hijos crecen, los expulsan. ¿Por qué todo ese esfuerzo, inútil y sin razón, idéntico a la locura? Se declaran la guerra, no intentan vivir en paz: a las emboscadas de los reyes responden con contraemboscadas. Son homicidas. Escarban la tierra para descubrir plata y una vez que la encuentran, quieren comprar tierras; cuando las tienen, venden sus frutos y una vez sin frutos, vuelven a echar mano de la plata. ¡Qué inestables son! ¡Y qué malos! Cuando no son ricos, desean riqueza; una vez adquirida, la esconden, la ocultan de la mirada de los demás. Sus fracasos me dan risa, sus infortunios son ridículos porque transgreden la leyes de la verdad; compiten en odio; combaten a sus hermanos, a sus padres, a sus conciudadanos, y todo eso por bienes de los cuales, al morir, nadie será dueño; se masacran mutuamente; se desentienden de las leyes, miran por encima del hombro a sus amigos o a su patria cuando están en dificultades; admiran lo indigno e inanimado:

gastan sus fortunas comprando estatuas con el pretexto de que casi hablan, pero execran a los que de veras hablan. Solo desean lo que está fuera de su alcance: cuando están en tierra, quieren mar; cuando están en las islas, les falta el continente. Deforman todo para que corresponda con sus deseos particulares. Parecen apreciar la virilidad en la guerra, pero día tras día sucumben al desenfreno, al amor al dinero, a las pasiones que los enferman. Todos son Tersites²⁶ de la vida. ¿Qué tiene de malo mi risa, Hipócrates? Nadie ríe de su propia sinrazón; las burlas solo son mutuas: unos ríen de los borrachos, si se consideran a sí mismos sobrios; otros, de los enamorados, cuando una enfermedad todavía los afecta; unos ríen de los navegantes y otros de los agricultores. No están de acuerdo ni en las artes ni en las obras.

Interviene Hipócrates:

¡Es necesario decir esas verdades, Demócrito! Y no hay mejor lenguaje para expresar la miseria de los mortales. Sin embargo, los problemas nos obligan a actuar en la economía doméstica, en la construcción de barcos, en el gobierno de la ciudad; el hombre no se puede sustraer a la acción. La naturaleza no lo trajo al mundo para el ocio. Con todo, la ambición perdió a muchas almas rectas que se ocupaban de las cosas creyéndose inmunes al fracaso: no tuvieron la fuerza de prever lo imprevisible.

Dime, Demócrito, ¿quién, al casarse, pensó en la separación y en la muerte? ¿Y, al educar a sus hijos, en su posible pérdida? Lo mismo ocurre con la agricultura, la navegación, la realeza, el mando y todo lo que implica la vida: nadie supone que fracasará; por el contrario, todos conciben grandes esperanzas y olvidan lo que les parece más pequeño. Tu risa, entonces, ¿no es inconveniente?

El soberbio es áspero e intratable, y no puede ser melancólico porque no se ríe con autenticidad de sus incoherencias. No obstante, aparenta ser melancólico por sus lamentos y por su sonrisa, Hipócrates busca no reírse de sí mismo ante la confrontación a que lo obliga Demócrito al hacer referencia a la incongruencia humana. El soberbio es más bien

²⁶ “...soldado aqueo. En la *Iliada* aparece como ‘el hombre más feo’. Se burla de todo e injuria a todos”. Aristóteles e Hipócrates, *De la melancolía*, p. 89, nota 10.

depresivo y desmesurado debido a sus excesivas fluctuaciones. Ese grandioso y violento narcisópata termina lamentándose de su propio infortunio y es incapaz de sensibilizarse por la desdicha del otro. Hipócrates es intratable, áspero, se victimiza y no soporta reconocer que el sufrimiento que padece y que proviene de su repetitivo error, emula, una y otra vez, al atribulado Sísifo. Así lo dice Camus: “No te afanes, alma mía, por una vida inmortal, pero agota el ámbito de lo posible”.²⁷ Así como los dioses condenan a Sísifo por necio y soberbio a repetir su condena de empujar una enorme roca hasta la cumbre de una montaña, y antes de llegar, la piedra volvía a rodar hacia abajo, Hipócrates padece por momentos la condena de Sísifo porque se resiste a ser humano y por ello incongruente.

Demócrito respondió:

¡Qué espíritu tan pesado tienes, Hipócrates! Te pierdes lejos de mis ideas y olvidas, por ignorancia, examinar los límites de la calma y la agitación. Cuando esos problemas de los que hablas se resuelven con buen sentido, cuando las dificultades se solucionan con facilidad, no río. Pero los hombres dejan que las preocupaciones de la vida trastornen sus espíritus, como si tuvieran alguna consistencia; permiten que el humo del orgullo confunda sus inteligencias, desprovistas de razón; el andar desordenado de las cosas no los mueve a reflexión. Con todo, la mutación universal [generada por los átomos y el vacío] debería servirles de advertencia, pues suscita desarrollos bruscos e inventa todo tipo de giros súbitos. Olvidan que hay acontecimientos que afectan sin cesar a las cosas, siempre de un modo distinto; actúan como si la vida fuera firme y estable. Desean lo que los aflige, buscan lo que no sirve de nada, se rodean de todo tipo de desgracias. Es cierto que algunos, por el contrario, se preocupan por hacer todo en función de sus propios recursos y de ese modo protegen sus vidas contra el fracaso; se conocen perfectamente a sí mismos, tienen una conciencia clara de su propia armazón, no derrochan indefinidamente el ardor del deseo y se contentan con la contemplación de la opulencia de la naturaleza, nodriza de todo. Y así como una salud demasiado buena es un

²⁷ “O mon âme, n’aspire à la vie immortelle, mais épuise le champ du possible. Pindare 3e Pythique”. Con esta cita de Píndaro inicia Albert Camus (1913-1960) su propio ensayo sobre el mito griego. *Le Mythe de Sisyphe*, 1942, París, Gallimard, p. 9. La traducción es nuestra.

peligro para los obesos, la grandeza del éxito representa un grave peligro: las gentes más visibles llaman la atención de todo el mundo cuando cambia su fortuna. Otros conocen mal las historias antiguas y mueren, víctimas de sus propios errores, por no haber previsto cosas visibles o invisibles, siendo que una larga experiencia les indicaba lo que podía ocurrir o dejar de ocurrir; si las conocieran bien, habrían reconocido el futuro. De eso río: de los hombres insensatos, a quienes condeno a expiar su maldad y su avaricia, sus deseos insaciables, sus odios, sus triquiñuelas, sus conjuras, sus envidias —ruda tarea [la de Sísifo, por terco], la de pasar lista a todo lo que inventa la habilidad del mal: ¡aquí también hay una especie de infinito! Río de los hombres que rivalizan en la pérdida de sus maquinaciones y cuyos pensamientos son tortuosos; lo peor, para ellos, es la virtud: mienten y elogian la búsqueda del placer para despreciar las leyes. Mi risa condena su falta de un proyecto bien meditado: no tienen ojos ni orejas, siendo que solo los sentidos del hombre, iluminados por un pensamiento firme, pueden anticipar lo que es y lo que será.²⁸ Esa gente, hastiada de todo, se siente atraída por las cosas que le desagradan: si se niega a embarcarse, navega; si renuncia a la agricultura, se vuelve sembradora; si expulsó a su esposa, toma otra; entierra a los hijos que crio y, tras haberlos enterrado, engendra otros para criarlos; gime cuando llega la vejez, después de haberla deseado; es incapaz de constancia, en cualquier situación en la que se encuentre. Los jefes y los reyes creen que los simples particulares son más felices; estos aspiran a la realeza. El político envidia al artesano, a quien siente protegido de cualquier peligro; el artesano envidia al político, a quien supone omnipotente. Los hombres no ven el recto camino de la virtud, ese camino sin mancha ni aspereza, donde no se corre el riesgo de tropezar: nadie quiere seguirlo, se

²⁸ Curiosamente, Erasmo de Róterdam (1466-1536) concuerda con la visión democritea de la locura, y comenta sobre la desmesura de la arrogancia del ser humano, de la adulación, y en el encomio de la adulación. Los locos estultos son soberbios: “Esta [la desmesura] que veis con las cejas arrogantemente erigidas es el Amor Propio. Allí está la adulación con ojos risueños y manos aplaudidoras. Esta que veis en duermevera y que parece soñolienta, es el Olvido, esta, apoyada en los codos y cruzada de manos, se llama Pereza. Esta, coronada de rosas y ungida de perfumes de pies a cabeza, es la Voluptuosidad [complacencia de los placeres sensuales]. Esta de ojos torpes y extraviados de un lado para otro, es la Demencia. Esta otra de nítido cutis y cuerpo bellamente modelado, es la Molicie [blandura, delicadeza de las cosas]. Veis también dos dioses, mezclados con esas doncellas, de las cuales a uno llaman Como y al otro ‘Sublime modorra’”. *Elogio de la locura o encomio de la estulticia*, 1963, Madrid, Austral, p. 30.

prefiere la vía ruda y tortuosa, el camino pedregoso, resbaladizo, lleno de tropiezos; la mayoría cae, jadea como si fuera perseguida, pelea, avanza y retrocede todo el tiempo. Unos se deslizan como ladrones en la cama del otro, víctimas de un amor insensato y confiado en su impudicia; a otros los consume el amor al dinero; su mal es insaciable. Se ponen trampas unos a otros; el peso de la maldad arroja en un abismo de perdición a quienes su gusto por la gloria elevó hasta las nubes. Los hombres destruyen y reconstruyen; se arrepienten de los servicios que presentan; descuidan los deberes de la amistad; llevan su mala conducta hasta el odio; declaran la guerra a sus familias. Y todo este absurdo, por amor al dinero. ¿Qué distingue a estos hombres de los niños que juegan y, por falta de juicio, se divierten con todo lo que ocurre? En cuanto a los apetitos: los animales, desprovistos de razón, ¿tienen algo que envidiarles? Hasta las bestias se saben contentar con lo que las satisface. ¿Alguien ha visto a un león esconder oro en la tierra? ¿Existe algún toro que luche por codicia? ¿O alguna pantera con deseos insaciables? El jabalí bebe, pero no más que su sed; una vez que devoró a su presa, el lobo se abstiene de llevar más allá su alimentación. Pero el hombre no se cansa de festejar, días y noches enteros. Las temporadas ponen término al celo de los animales, pero el tábano de la lujuria pica constantemente al hombre. ¿No tengo razón, Hipócrates, al reír de los que sufren penas de amor? Por fortuna, se puso un límite a sus deseos. Y sobre todo, ¿debo reprimir mi carcajada frente a los temerarios que se lanzan a los precipicios o a los abismos del mar? ¿Por qué no burlarme de quienes, después de botar al mar un barco cargado en exceso, acusan a las olas de tragarse su cargamento? Por mi parte, creo que no río lo suficiente. Me gustaría que algo los afligiera [obsérvese el sentido terapéutico de realidad de Demócrito]; no que una medicina los curara, ni que un peón les preparara remedios: medita la lección de Asclepio [dios de la medicina asesinado por Zeus como castigo por revivir a los hombres que mueren], tu antepasado. ¿No lo fulminaron, como pago de los cuidados que tuvo a los hombres? Y yo mismo, ¿no doy un paso en falso, al matar y disecar animales para encontrar las causas de la locura? Habría que buscarlas en el hombre. ¿No ves cómo el mundo está lleno de enemistad hacia el hombre? Reunió, contra él, una infinidad de males.

Demócrito recupera aquí el sentido de la caja de Pandora²⁹ que muestra que el peor de los males del ser humano es la esperanza³⁰ y que se retoma en la medicina como la enfermedad radical del hombre. La esperanza que mata al hombre es la esperanza de no morir. Es la esperanza que considera la vida intramundana como el mayor de los valores donde no hay arrebol debido al ocaso de la existencia. Es tan solo una falsa esperanza el pretender vivir en el mundo, como decía Calderón de la Barca,³¹ y otra peor es esperar vivir en el mundo inmarcesiblemente.³²

²⁹ Pandora (Πανδώρα) fue la primera mujer mortal, creada por mandato de Zeus. Se le confirieron cualidades como la belleza, la gracia, la habilidad manual, la persuasión; pero Hermes puso en su corazón la mentira y la falacia. Pandora fue el regalo que todos los dioses ofrecieron al género humano, para su desgracia. Pandora abrió imprudentemente una vasija que contenía todos los males de la humanidad, pero logró cerrarla antes de que escapara el último de estos males: la esperanza. Esta vasija también contenía los bienes, pero no pudieron quedarse entre los hombres porque al abrir la caja se dispersaron y regresaron con los dioses. Solo quedó el pobre consuelo de la esperanza entre los mortales. Véase Pierre Grimal, *Diccionario de mitología griega y romana*, 1994, Barcelona, Paidós, trad. de Francisco Payarols, p. 405.

³⁰ En las distintas etapas de la vida el hombre se enfrenta con su inmarcesible estulticia. El “niño eterno” que todo ser humano ostenta, es terquedad, no cesa y conforme avanza en el tiempo cronológico atenta sus vivencias contra la esperanza infantil que nunca se materializará en su biografía: “En principio, ¿quién ignora que la edad más alegre del hombre es con mucho la primera, y que es la más grata a todos? ¿Qué tienen los niños para que les besemos, les abracemos, les acariciemos y hasta de los enemigos merezcan cuidados, si no es el atractivo de la estulticia que la prudente naturaleza ha procurado proporcionarles al nacer para que con el halago de este deleite puedan satisfacer los trabajos de los maestros y los beneficios de sus profesores? Luego, la juventud, que sucede a esta edad, ¿cuán placentera es para todos, con cuánta solicitud la ayudan todos, cuán afanosamente la miran y con cuánto desvelo se tiende una mano en su auxilio? Y, pregunto yo, ¿de dónde procede este encanto de la juventud sino de mí, a cuya virtud se debe que los que menos sensatez tienen sean, por lo mismo, los que menos se disgusten? Mentiré si no añado que a medida que ofrecen y empiezan a cobrar prudencia por obra de la experiencia y el estudio, descaece la perfección de la hermosura, languidece su alegría, se hiela su donaire y les disminuye el vigor. Cuanto más se alejan de mí, menos y menos van viviendo, hasta que llegan a la vejez molesta que no solo lo es para los demás, sino para sí mismos. Tanto es así que ningún mortal podría tolerarla si yo, compadecida nuevamente de tan grandes trabajos, no les echase una mano, y al modo como los dioses que hablan los poetas suelen socorrer con alguna metamorfosis a los que están apurados, así yo, cuando les veo próximos al sepulcro, les devuelvo a la infancia dentro de la medida de lo posible. De aquí viene que la gente suela considerar como niños a los viejos.” Erasmo de Róterdam, *op. cit.*, pp. 33-34.

³¹ La verdadera vida sería despertar de la vida intramundana.

³² La Biblia sanciona el deseo de inmortalidad. Así, al ser expulsados Adán y Eva del paraíso “dijo Yahveh Dios: ‘¡He aquí que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal! Ahora pues, cuidado, no alargue su mano y tome también del árbol de la vida y comiendo de él viva para siempre.’ Y le echó Yahveh Dios del Jardín de Edén, para que labrase el suelo de donde había sido tomado”. Gen. 3, 22-23. Biblia de Jerusalén.

Así, la enfermedad es la misma vida que nos llevará sin duda alguna a la muerte, y la cual no tiene cura, como lo sabe el verdadero médico. La salud verdadera solo se alcanzaría en la paz eterna, que es la verdadera salud que curaría la tragedia humana de la falsa esperanza. Continúa Demócrito:

Por naturaleza, el hombre entero no es sino una enfermedad: cuando es pequeño, es inútil y suplica que lo ayuden; al crecer se vuelve presuntuoso e insensato, con la aprobación de sus maestros; en la madurez es arrogante y al declinar, lamentable: cosecha los males que sembró su sinrazón.

Esto es en extremo melancólico por la dificultad y el dolor que supone el sostener la paz en los diferentes momentos de la vida. El ser humano tiene que preguntarse constantemente qué es el ser humano, como la esfinge de Tebas³³ lo preguntó a Edipo en la *Teogonía* de Hesíodo. Jorge Luis Borges (1899-1986) fortalece la reflexión sobre las etapas de la vida del hombre y de la historia del envejecimiento de cada individuo enunciado en su texto sobre *Edipo y el enigma* [de la esfinge]:

38

Cuadrúpedo en la aurora, alto en el día
Y con tres pies errando por en vano
Ámbito de la tarde, así veía³⁴
La eterna esfinge a su inconstante hermano,

³³ “Entonces también los mortales, semejantes al de tres pies cuya espalda va encorvada y la cabeza mirando al suelo, semejantes a este van de un lado para otro tratando de esquivar la blanca [535] nieve.” Hesíodo, *Obras y fragmentos*, 2014, Madrid, Gredos, trad. de Aurelio Pérez Jiménez y Alfonso Martínez Díez, p. 84.

³⁴ Edipo descifra el acertijo que la Esfinge le impone como condición para entrar a Tebas. El acertijo dice así: “Solo tiene una voz, y anda con cuatro pies por la mañana, dos al mediodía y tres por la noche. Cuantos menos pies tiene, más veloz corre. Si lo conoces, te ama, pero si no lo conoces, lucha contra ti y te destruye”.

En el último párrafo del *Edipo Rey*, ya que está devastado por todo lo que hizo y dejado de hacer, el coro entona: “¡Oh habitantes de Tebas, mi patria! ¡Considerad aquel Edipo que adivinó los famosos enigmas y fue hombre más poderoso, a quien no había ciudadano que no envidiara al verle en la dicha, en qué borrasca de terribles desgracias está en vuelo! Así que, siendo mortal, debe pensar con la consideración puesta siempre en el día, y no juzgar feliz a nadie antes de que llegue al término de su vida sin haber sufrido ninguna desgracia.” Cfr: Patrick Mullahy, *Edipo: Mito y complejo*, 1953, Buenos Aires, Librería El Ateneo, pp. 323-325 y 377.

el hombre, y con la tarde un hombre vino
que descifró aterrado en el espejo
de la monstruosa imagen, el reflejo
de su declinación y destino.

Somos Edipo y de un eterno modo
la larga y triple bestia somos, todo
lo que seremos y lo que hemos sido.

Nos aniquilará ver la ingente
forma de nuestro ser; piadosamente
Dios nos depara sucesión y olvido.³⁵

Edipo fue narcisista hasta que la Esfinge, a modo de espejo, le reflejó su finitud como mortal: “El espejo del bestial Narciso reflejará su personalidad egoísta y ocultará su parte más abominable, la que niega al ‘otro’ y solo le permite ‘verse’ a sí mismo en el espejo, imaginando que el ‘otro’ no es sino en función de sí mismo”.³⁶ La imaginación del narcisista mórbido desdibuja sus límites o los límites del “otro” para fundirlos en sí mismo y pretender controlarlos buscando así la omnipotencia. Pretende controlarlo todo cuando realmente no puede, ambiciona ser *dominus*, señor. El narciso enfermo es peor que una bestia, puesto que desconoce la existencia del “otro”. En cierto sentido, todo ser humano es jumento de carga, y el conjunto de los humanos comparten su fardo, son naturalmente solidarios; son esencialmente altruistas. Saben del ser del otro, actúan en consecuencia y necesitan a los demás para aligerar el peso de su existencia. Negar la existencia de los demás y pretender no necesitarlos es la definición de la máxima perversión social y el origen de la violencia. Dos o más narcisistas juntos que interactúan generan violencia y no agresión. La parte agreste, rústica, del ser humano le permite cosechar, *legere*. Por ello “leer” es cosechar cada reglón, cada palabra. Mientras que la violencia es un ariete, una máquina que rompe y destruye la libertad y la fertilidad del otro. En la mente narcisista no hay

³⁵ Jorge Luis Borges, *Obra poética 1923 / 1985*, 1995, Buenos Aires, Emecé, p. 261.

³⁶ Carlos J. McCadden, “Domus Aurea: Vivir como seres humanos”, *Estudios*, 122 (2017), p. 13.

espacio para el obrar ajeno; el otro no debe producir, y si produce, es menester destruir violentamente su fruto. Esto se distingue del agredir al otro, que es hacerlo fértil, hacerlo creativo. El narcisista patológico teme al otro y particularmente su crítica porque teme que se convierta en el reflejo de sus propios fantasmas que lo persiguen. El temer al “otro” es otra manera de no reconocer su propia existencia y de hacer del otro un falso acompañante. El “otro” es considerado una mente (*voûç*) una acompañante paralela (*pará*). Narciso sufre paranoia, porque delira que la mente del “otro” es su contrario. Y, sin embargo, es adicto a la crítica del “otro” porque anhela continuamente que en esa crítica no existan sino alabanzas, y que jamás expresen errores sobre él. Esto es resultado de la seria y profunda reflexión crítica que hizo Demócrito sobre la condición narcisista del hombre mórbido, del hombre loco.

Sigue Demócrito hablando de la desmesura y de la decadencia de los hombres, de todos los tiempos, que con los años se acerca a la enfermedad del narcisista autorreferenciado, que confunde su persona con su propio reflejo en el espejo. El narcisista que no reconoce al otro en cuanto tal, sino que ve y escucha del otro solo lo que infantilmente le place, es megalomaniaco. Es el originador único de un supuesto diálogo con el “otro” sin darle cabida a persona alguna. Dice Demócrito:

Así salió [el hombre] de la sangre impura de su madre [que también es humana]. Por eso los irascibles, llenos de una cólera desmedida, viven en la desgracia y el combate; otros, en la corrupción y el adulterio; aquellos, en la ebriedad; los de aquí envidian los bienes de los de allá; a esos se les priva de lo que les pertenece. ¡Si pudiéramos ver el interior de las casas y observar lo que sucede! Veríamos que unos comen mientras otros vomitan; estos torturan mientras aquellos preparan venenos, urden intrigas, se entregan a cálculos, gozan, se quejan, redactan actas de acusación contra sus amigos o se pierden en los sueños de una gloria insensata. Y si vamos más al fondo, veríamos los actos que disimulan en el alma. Todos lo hacen: jóvenes y viejos, los que piden y los que niegan, los que viven en la miseria y los que disfrutan de lo superfluo, los que sienten el aguijón del hambre y los que viven en la lujuria, los sucios, los presos, los que se enorgullecen de sus desenfrenos, los que educan a sus hijos, los que degüellan, los que entierran, los que desprecian lo que tienen, los que corren

con la esperanza de enriquecerse, los impúdicos y los parsimoniosos, los insaciables, los asesinos, los golpeados, los desdeñosos, los presos en la pasión por la gloria, los que sienten inclinación por los caballos, o por los hombres, o por los perros, o por las piedras, o por los árboles, o por la tierra, o por los dibujos; los que cumplen una embajada, los estrategas, los sacerdotes, los que ciñen coronas o los que ciñen armas, los condenados a muerte: todos corren hacia algún lugar, a los combates navales, al servicio militar, a la vida rural o al comercio marítimo, al ágora o a la asamblea, al teatro o al exilio, cada quien procura su beneficio; unos, impulsados por el amor de los placeres, la blandura y la intemperancia, otros, por la pereza y la despreocupación.³⁷

De qué diablos me están hablando, diría Demócrito: ¡oh, párvulos abderitas! A Demócrito se le acusa de loco y él contesta diciendo: ¡Si pudiéramos ver el interior de las casas y observar lo que sucede! De ahí la sonrisa de Demócrito ante los abderitas que tanto lo temen por loco, pues si se vieran y encontraran a sí mismos se sorprenderían. Si dejaran por un momento su narcisismo descubrirían al genial Demócrito. También verían la etiología secundaria de su violencia en el propio narcisismo social o colectivo; que no solo busca robarle al “otro” lo suyo, sino asesinarlo. Demócrito le reclama a Hipócrates que confunda la sabiduría con la locura, por ello dice:

Cuando se ven tantas almas indignas y miserables, ¿cómo no reírse de la intemperancia de sus vidas? Creo que ni tu medicina merece su agradecimiento: todo desagrade a esos intemperantes que confunden la sabiduría con la locura. Por lo demás, sospecho que tus conocimientos despiertan su ingratitud y su envidia: apenas se sienten curados, los enfermos atribuyen

³⁷ Los testarudos son incontables en el Eclesiastés (1, 13-18). Dice Cohélet: “He aplicado mi corazón a investigar y explorar con la sabiduría cuanto acaece bajo el cielo. ¡Mal oficio este que Dios encomendó a los humanos, para que en él se ocuparan. He observado cuanto sucede bajo el sol y he visto todo es vanidad y atrapar vientos. Lo torcido no puede enderezarse, lo que falta no se puede contar. Me dije en mi corazón: Tengo una sabiduría grande y extensa, mayor que la de todos mis predecesores en Jerusalén, mi corazón ha contemplado mucha sabiduría y ciencia. He aplicado mi corazón a conocer la sabiduría, y también a conocer la locura y la necesidad, he comprendido que aun esto mismo es atrapar vientos, pues: Donde abunda sabiduría, abundan penas, y quien acumula ciencia, acumula dolor.”

su salud a los dioses o a la fortuna: muchos agradecen a la naturaleza y detestan a su benefactor (si sienten que le deben algo, ¡se irritan!). [No hacen sino negar sistemáticamente al “otro”] Y puesto que la mayoría carece de la menor noción del arte, condena, por ignorancia, lo que les traería más beneficios: el voto está en manos de gente que no tiene buen sentido. Y, al igual que los enfermos, se niegan a reconocer su deuda, los cófrades se niegan a atestiguar, pues la envidia se los impide. Tú mismo has probado estas lindezas: sé que muchas veces has tenido que soportar tratos indignos, sin que el dinero o la envidia te hayan hecho condenar a otros. Nadie conoce la verdad exacta; nadie da testimonio de ella.

La locura es un exceso de “razón”, porque la razón puede acercarse a comprender el dolor, pero no es solo por medio de la razón que se aprehende esa experiencia perniciosa. Y cuando se busca entender el dolor solamente por medio de la razón, se excluye toda la riqueza de la experiencia vivida que no coincide siempre con la razón. La demasiada racional hace al ser humano estuporoso y estulto, y le muestra el mundo extremadamente encerrado en el que vive. No considera muchas más variables, no piensa en la posibilidad de su error. No considera su propia falsedad. Como dice San Lucas, médico de cuerpos y almas:³⁸ “¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en tu propio ojo?” (6, 41-42). Lo primero es verse para después ver al “otro”. El loco es egoísta en cuanto que solo ve su ilusorio mundo, que para los demás no existe. Lo que está haciendo Demócrito es contradecir la lógica “racional”, que también está presente en el pensamiento del médico y que puede ser un obstáculo en su comprensión de la enfermedad física y mental.

Los abderitas creen en su vida ficticia, una mentira fabricada por ellos mismos, por la apariencia de la supuesta sana cordura que los aleja de la salud y del sosiego. Proyectan en Demócrito todas sus impurezas y se hacen al pensamiento paranoico, que es una forma falsa y paralela por medio de la cual se califica al egodistónico e incómodo Demócrito de loco. La insoportable verdad consiste en señalar críticamente lo que

³⁸Taylor Caldwell, *Médico de cuerpos y almas*, 2002, México, Martínez Roca.

se vive en Abdera en lo particular, y, en lo general, en el mundo humano. Por ver y hablar de verdades se le ve como loco.

El asalto de la genialidad democrítea encuentra dos limitantes. *Ad extra*, la envidia de los otros, porque el envidioso desea tener lo que no tiene y responde con violencia. En este caso, la proyección es violenta y se acusa a Demócrito de enfermo de locura. Por otro lado, *ad intra*, la soberbia, que padece la desmesura en la autocrítica. El soberbio no goza de su propio talento innato (*ingenium*), los abderitas no gozan de lo que verdaderamente tienen, y si lo hicieran, alcanzarían naturalmente la genialidad. Sin fineza alguna atribuyen groseramente sus mentiras delirantes, que aparentan ser verdades racionales, al estado emocional de Demócrito; quien no padece la enfermedad endémica de sus conciudadanos, y por ello resulta anormal. El malestar de los abderitas se decanta gracias al ejercicio de la genialidad de Demócrito. Esta etiqueta nosológica se le atribuye a Demócrito como la más terrible de las enfermedades mentales, la paranoia.

Demócrito afronta el dolor del recuerdo de muchos hombres, la memoria de la edad inscrita en su cuerpo, que es amnesia para otros. Demócrito sufre al recordar lo olvidado por sus conciudadanos, que debería de ser dolor expiatorio. Sufre de nostalgia que es la llave para recobrar la salud y que los abderitas no son capaces de soportar. El pasado contradictorio no permanece en la memoria de los hombres, solo en él, pues solo él lo evoca. Los hombres ordinarios no recuerdan los días más largos de su tiempo, que son dolorosos porque le rememoran sus errores, como los erróneos días de los abderitas. Demócrito llora y se apasiona por los días más largos y falsos de quienes no los reconocen como propios. Al afrontar esos días, Demócrito muestra el error de los abderitas y de todos los hombres, porque escapa de la alienación colectiva que niega la realidad.

El tesoro que da la identidad al ser humano mortal se origina en la memoria. La memoria permite al hombre ser consciente de sí mismo. Y sin embargo, solo hacia el final de la vida, cuando la memoria tiende a difuminarse, es capaz el anciano de entenderse y juzgar rectamente su vida. Es una verdad apodíctica que nadie podría juzgar correctamente

su vida si no recuerda cada detalle del dolor vivido. Paradójicamente, en esto consiste el reto de alcanzar y vivir dignamente la vida, el tiempo. Solo quien alcanza la vejez puede recordar y soportar la memoria. Demócrito era viejo cuando es interrogado por Hipócrates. Es un hombre senescente sano, que no solo es anciano sino un hombre sabio, porque sabe de sí y de los demás. El senador es el que sabe de sí, es un Señor. Un anciano decrepito crepita y no sabe de sí, ni de los demás, es cobarde y ordinario.

La represión hace que el hombre enfermo pretenda olvidar prematuramente, por el dolor, lo que debería llorar, y por no llorarlo, lo repite. Lo repite porque no soporta la nostalgia del recuerdo. Este es el caso del senescente imprudente que no consigue descanso ni sosiego en la vejez.

El hombre vulgar, el hombre ordinario, enferma porque no es consciente de su historia, no quiere reconocer lo vivido, no puede sentir una sana nostalgia del pasado. Toda nostalgia (del griego νόστος, “regreso”, y -αλγία, “dolor”), es sana y sanante. Es el dolor que fuerza el regreso a un pasado que no volverá, que ya pasó y está perdido. La nostalgia evita repetir los errores que se hallan en la autobiografía. El recuerdo soslaya y previene enfermedades. La nostalgia asegura la libertad porque permite escribir las siguientes páginas del diario de la vida. Al no soportar sus propias falsedades, el soberbio, el terco, el enfermo, las repite compulsivamente en vez de burlarse de sus errores, lo cual le permitiría superarlos. El soberbio no tiene la risa del genio, que se ríe de sus estupideces antes que reírse de los demás. La desmesura impide al soberbio reconocer que lo que fue es tiempo muerto y que no será jamás nuevamente presente. La nostalgia es el tiempo de vivir saludablemente con la memoria del corazón.

La memoria del pasado genera la virtud cuando no se reprime, es la capacidad de recordar para no repetir. Hipócrates concluye el relato de sus encuentros con Demócrito, en la carta a su discípulo Damageto, de la siguiente manera:

Y al decir todo esto, sonreía. A mis ojos, Damageto, Demócrito parecía un dios: olvidé su apariencia anterior. Le dije: Ilustre Demócrito, regresaré a Cos con un valioso regalo de hospitalidad: tu sabiduría me llena de admi-

ración; al volver a casa proclamaré que has explorado y descubierto la verdad de la naturaleza humana. Me diste materia para pensar. Me voy, pues la hora lo exige,³⁹ así como los cuidados que se le deben al cuerpo; pero nos veremos mañana y los días siguientes.

Así termina la epístola de Hipócrates:

Con estas palabras me levanté y él se dispuso a seguirme; [Demócrito] entregó sus libros a un hombre,⁴⁰ salido de no sé dónde. Me dirigí, apresurando el paso, hacia los abderitas de raza que me esperaban en la colina: “Amigos, les dije, les agradezco mucho que me hayan llamado, pues pude ver a Demócrito, el más sabio entre los sabios, el único capaz de volver sabios a los hombres”. Mi conjetura, Damageto, salió cierta. No está loco Demócrito; antes es el hombre más sabio que he visto. A mí con su conversación me hizo más sabio, y por mí a todos los demás hombres: le consideré como el mejor intérprete de la naturaleza y del mundo.⁴¹ Esto es, Damageto, lo que te quería decir, con mucho placer, acerca de Demócrito. Cuídate.⁴²

Así termina la carta que hace referencia al encuentro de Hipócrates con Demócrito. Confirma el titubeo de Hipócrates en cuanto al diagnós-

45

³⁹ En un abrir y cerrar de ojos (*in ictu oculi*).

⁴⁰ Nunca advirtió Hipócrates que detrás de Demócrito estaba uno de sus discípulos, posiblemente el “Damageto” de Demócrito, su propio discípulo, para quien podría haber estado destinada la herencia de este encuentro. El final de la carta refleja el sentido de este artículo que no está destinado a un público o lector inmediato, sino a los discentes de hoy, reales interlocutores de Demócrito. La intención latente en este encuentro es llegar a los actuales discípulos de Demócrito, eventualmente a los de Hipócrates, y particularmente a Damageto. Una fuerte crítica a la vida de los jóvenes, quienes son naturalmente “soberbios”, pues siguen pensándose como infértiles, omnipotentes e inmortales en grado superlativo, lo cual se manifiesta en sus comportamientos repetitivos de párvulos “estultos”, en el sentido de Erasmo. Es la situación en la que se encuentra todo joven que no se enfrenta con la ipseidad, sino hasta que se atreve a criticar constructivamente a las generaciones pasadas y se conduce aceptando sin conflictos los arquetipos de sus ancestros. El joven deviene adulto cuando se conduce con los valores que le han enseñado sus padres por convicción y no por temor al castigo paterno.

⁴¹ “Hoc erat illud, Damagete, quod conjectabamus. Non insanit Democritus, sed super omnia sapit, et nos sapientiores effecit, et per nos omnes homines”. Benito Gerónimo Feyjoo y Montenegro, *Teatro crítico universal o discursos varios en todo género de materias para desengaño de errores comunes*, 1765, Madrid, Imprenta Real de la Gaceta, tomo primero, p. 7.

⁴² Carta xvii de Hipócrates a Damageto, en Aristóteles e Hipócrates, *De la melancolía*, p. 77-87.

tico de Demócrito, que oscila entre la locura y la salud genial, lo cual llegó a revolucionar las intuiciones del anciano médico de Cos.

En una carta posterior,⁴³ dirigida a Demócrito, Hipócrates lo reconoce como el mayor filósofo natural del orbe: “Optimum naturae, ac mundi interpretem te judicavi”.⁴⁴

En ese entonces Hipócrates, ya bastante anciano, como lo dice la misma carta: *Ego enim ad finem medicinae non perveni, etiamsi iam senex sim*,⁴⁵ y por lo tanto, capacitadísimo para hacer recto juicio, habla maravillas de la genialidad y del pensamiento de Demócrito.⁴⁶

⁴³ Carta xx de Hipócrates.

⁴⁴ Feyjoo y Montenegro, *op. cit.*, p. 6.

⁴⁵ “Aunque ya soy viejo, no llegué al límite de la medicina.”

⁴⁶ Feijoo y Montenegro, *op. cit.*, pp. 83-84.